

*crítica de libros*

Vicente Lecuna

**Alicia Ríos. *Nacionalismos banales: el culto a Bolívar. Literatura, cine, arte y política en América Latina.***

Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana (IILI), University of Pittsburgh, 2013. 212 págs.

Vicente Lecuna es director de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, desde 2008. PhD en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Pittsburgh.

Ha publicado *La ciudad letrada en el planeta electrónico* (Pliegos, 1999). Colabora habitualmente con *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (Universidad Simón Bolívar, Caracas), la *Revista Investigaciones Literarias* (Universidad Central de Venezuela, Caracas) y la revista *Voz y Escritura* (Universidad de Los Andes, Mérida). Ha participado en varios volúmenes colectivos del Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres (ULA, Mérida). Es el jefe de redacción de la revista *Conciencia Activa*. Correo electrónico: vicentelecuna66@gmail.com

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.CL18-36.nbcb

**Cómo citar esta crítica:**

Lecuna, Vicente. Crítica de *Nacionalismos banales: el culto a Bolívar. Literatura, cine, arte y política en América Latina*, de Alicia Ríos. *Cuadernos de Literatura* 18.36 (2014): 375-378. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.CL18-36.nbcb>



*Nacionalismos banales* ES un libro ambicioso, que se propone estudiar un asunto delicado, difícil, espeso, ambiguo y contradictorio, sobre todo después de la reinterpretación del culto a Simón Bolívar que hace la revolución bolivariana en Venezuela. A partir del rarísimo episodio de la exhumación de los restos de Bolívar en 2010, en una sorprendente coreografía que combinó elementos del Miss Venezuela con protocolos militares, científicos, espaciales y religiosos, Alicia Ríos confronta una serie de teorías, episodios, literaturas, películas y obras de arte que recolocan la figura de Bolívar, a su vez, en el imaginario nacionalista venezolano y latinoamericano.

En la primera parte, “El culto a Bolívar en Venezuela”, se discuten las lecturas seminales de Germán Carrera Damas (1973), Yolanda Salas de Lecuna (1987) y Luis Castro Leiva (1991) que muestran cómo Bolívar se configuró como el encofrado que moldeó el hormigón del edificio de la unidad del proyecto nacional venezolano. Una vez retirado el molde, con su muerte, un largo fraguado continuó el proceso de endurecimiento, que ha tomado casi doscientos años, hasta hoy en día, y que se reproduce en una segunda generación de lecturas sobre el tema, de Elías Pino Iturrieta (2003), Manuel Caballero (2006), Tomás Straka (2009) y Ana Teresa Torres (2009). En este caso, se da cuenta de las renovaciones del discurso estatal asentadas en esa configuración, al calor de la revolución bolivariana, desde la otra orilla del proceso.

Además de la figura de Bolívar, que se suele construir como conservadora, con algunas excepciones (como en Salas de Lecuna y, en principio, la actual reinterpretación revolucionaria), “no existe ninguna otra referencia simbólica que pueda aglutinar, con una fuerza equivalente o por lo menos aproximada, a la sociedad venezolana como conjunto”, nos dice Ríos, de entrada (19). Aquello que se opone, o que queda lejos del moldeado nacional bolivariano, uno podría agregar, es imaginado en el discurso nacionalista venezolano como algo ajeno a la república, como enemigo. O ni siquiera es imaginado o imaginable. No hay alternativa. Esa es una primera y muy importante conclusión del libro de Ríos. Simón Bolívar acumula toda la nacionalidad.

En esta primera parte también se discuten las tesis principales del nacionalismo (Renan, 1882; Chabod, 1943; Anderson, 1983; Hobsbawn, 1990; Seton-Watson, 2007; Sanjinés, 2009); particularmente, el fascinante argumento de Michael Billig (*Banal Nationalism*, 1995), que tiene como antecedente el libro *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal* (1961), de Hanna Arendt. Según Ríos, el concepto de los nacionalismos banales

se refiere concretamente a la manera en que nuestras sociedades están organizadas cotidianamente, donde pareciéramos reproducir gestos poco

trascendentales —como leer la prensa todos los días (tal como acotara el propio Anderson), encender la radio o la televisión, ir a la escuela o realizar algún trámite legal—, que en realidad encierran una manera particular y trascendental, sin ejercer la fuerza o ninguna pasión extrema, de anclarnos en el país —o la cultura— al cual pertenecemos por la simbología que cada uno de estos actos encierra, así como las marcas nacionales que lo acompañan. (110)

Esta versión del nacionalismo le sirve a Ríos para entender lo que sucede en Venezuela a partir de la revolución bolivariana, no solamente del lado oficial: también del lado opositor. Ambos luchan por la hegemonía, en gran medida, con un arsenal de “gestos banales” (vestuarios, protocolos, fachadas tricolores en edificios estatales, etc.).

Al final de esta primera parte Ríos estudia la versión “chavista” del culto a Bolívar, que básicamente se constituye como un proceso de identificación entre Bolívar y Chávez: “Como su modelo, el Libertador Simón Bolívar, pareciera él creerse el único capacitado para ejercer el poder (probablemente, como aquel, incluso luego de su muerte)” (128).

En la segunda parte, “Bolívar en la ficción, la plástica y el cine latinoamericano”, Ríos revisa la figura de Bolívar a partir de discursos que combinan la perspectiva venezolana con otras: *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez, *El gran dispensador* (1983) de Manuel Trujillo, la instalación *Utopía* (1994) de Juan Dávila y la película *Bolívar soy yo* (2002) de Jorge Alí Triana. En todos ellos, salvo en la novela de García Márquez, prevalece una lectura crítica del culto a Bolívar, que da al traste con la lectura monumentalista que se desprende del discurso oficial revolucionario, venezolano y latinoamericano. En *El general en su laberinto*, nos dice Ríos, nos encontramos, de nuevo, con “el culto a Bolívar, sin duda alguna, en una de sus más altas (re)elaboraciones” (150-151). Nada muy distinto, todo dentro de la tradición del culto. Mientras, en *El gran dispensador* Bolívar “se nos muestra como un ser despiadado, quien se regocija al recordar los más terribles episodios ocurridos durante la guerra” (169). Es decir, un Bolívar “otro”. Ese Bolívar “otro” también aparece en la instalación *Utopía*, en la que se representa al Libertador como mestizo, con un pendiente en la oreja, con el brazo derecho “mandándonos al carajo”, con senos de mujer. En este caso, “la centralidad criolla por ende blanca, heterosexual y masculina de la simbología heroica, Dávila la quiebra al incorporar lo indígena, lo femenino y lo popular”, nos dice Ríos (177). Y en el caso de la película *Bolívar soy yo* se lo muestra como una contradicción. “Fue el gran héroe de la Independencia, el pasado se erige gracias a él, pero también, gracias a esa

continua rememoración de sus ideas, su propia persona y su disfraz de militar, se ha vivido y se vive una violencia que no acaba” (184).

La de Ríos, por supuesto, es una lectura particular y muy importante: la que corresponde a las herramientas históricas y teóricas de un proyecto democrático que quiere renovarse y que se opone al proceso político de la revolución bolivariana; es una lectura que se opone al muy desalentador aspecto autoritario y antidemocrático que suelen tener los usos históricos del culto a Bolívar, que no son distintos a los que se emplean en el proceso político actual, a pesar de que se suponga a sí mismo como liberador, revolucionario, antiimperialista, anticolonialista, popular y radicalmente democrático.